

BAJO LA GORGUERA

Carlos de la Fuente y Pérez-Villamil



Click
EDICIONES

Carlos de la Fuente y Pérez-Villamil
Bajo la gorguera

Click 
EDICIONES

A la memoria de Paquita

NOTA DEL AUTOR

Todas las opiniones y descalificativos vertidos por los personajes deben ser entendidos dentro de la propia novela, no pretendiéndose faltar al respeto a ningún colectivo o a quienes por diversas circunstancias tienen o han tenido algún familiar o amigo con los trastornos que se describen en esta historia.

PRÓLOGO

La literatura alimenta los sentimientos de los lectores con historias que, sin ser reales, bien pudieran haber ocurrido. Lo que pretende el escritor con sus novelas es transmitir los sentimientos que ha experimentado en situaciones que él mismo ha vivido o de las que tiene conocimiento. Lo hace utilizando personajes imaginarios a los que atribuye hechos inventados pero verosímiles, que a veces son trasunto de otros reales que ha conocido o que han desfilado por su vida; seres y situaciones que le han marcado y que forcejean con el inconsciente del autor por salir a la superficie.

Lo que habitualmente quiere conseguir el escritor con sus textos es hacer partícipes a los lectores de sus propios sentimientos, de su forma de entender el mundo, de manifestar su juicio sobre la sociedad en la que vive. Eso es, más o menos, lo que también pretende Carlos de la Fuente con *Bajo la gorguera*, su última novela. Para conseguirlo, el autor sitúa a sus personajes en el mundo del circo, un microcosmos ideal para penetrar en el alma de los seres humanos. Y esto es así porque uno de los mensajes que se desprenden de esta historia es el de alertar al lector acerca de la belleza y la humanidad que pueden esconderse tras la fealdad de un físico poco agraciado, y también de la maldad que muchas veces se enmascara detrás de un rostro virginal o de un cuerpo apolíneo y seductor. Y el circo es una metáfora de todo esto. Detrás de la sonrisa maquillada del rostro de un payaso puede ocultarse el drama más triste y amargo de una vida de fracasos. El cuerpo atlético de un domador apolíneo puede esconder en realidad la maldad más refinada y cruel de un ser sin escrúpulos. El físico deforme de un enano puede ser la fortaleza de una personalidad honesta e inquebrantable. El interior del físico escultural de una trapezista estrella puede albergar los sentimientos más falsos. Los personajes de esta novela encarnan los vicios y las virtudes que toda sociedad alberga en su seno,

pero aquí la sociedad es el circo. Y los abusos e injusticias a los que se enfrentan los protagonistas representan el retrato fiel de una situación en la que están ausentes la autoridad, la justicia y los derechos humanos.

La estructura de esta novela es la de un largo viaje en el que cada una de las etapas es escenario de los acontecimientos que viven los miembros del circo. En la historia de la literatura, desde la *Odisea* de Homero al *Ulyses* de James Joyce, el viaje, además, ha proporcionado al escritor la posibilidad de describir el mundo y la sociedad que recorren sus personajes, en este caso, el territorio de la Hungría de los años que transcurren entre las dos guerras mundiales, un escenario que alberga una nación empobrecida, amenazada por la injusticia y el totalitarismo, que hoy bien se calificaría como un país fallido.

Esta novela es al mismo tiempo la visión amarga de una sociedad injusta vista desde la perspectiva de unos personajes maltratados por la vida, pero que al mismo tiempo encuentran la felicidad en la ausencia de ligaduras que los aten a las obligaciones de una vida burguesa. Es, en ese sentido, un canto a la libertad de la vida bohemia de los artistas. Y es, finalmente, en paralelo, una de las más bellas historias de amor y muerte. Todos estos elementos hacen de esta novela un gratificante ejercicio de lectura, una inmersión en las historias de unos personajes a los que, con el tiempo, como en las buenas novelas, uno termina considerando como de la familia.

FRANCISCO R. PASTORIZA

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

FRÍO VÉRTIGO

Invierno de 1924

Estoy sentado en un taburete frente al ridículo espejo de siempre. Lentamente deslizo sobre mi cara trozos de ceras de diversos colores. El blanco, que utilizo para la mayor parte de mi rostro, es el predominante...; el azul lo empleo en dibujarme unas tremendas cejas..., y el negro me sirve para trazar los límites entre colores y resaltar más mis facciones. El rojo de la nariz es particularmente incómodo, ya que siempre me produce cierto picor, haciendo que estornude hasta seis o siete veces seguidas. Pinturas con las que termino por cubrir casi por completo mi cabeza, incluida aquella zona que antaño cubría el pelo y que ahora se presta como una prolongación de mi frente, hasta que parezco otro hombre..., otro ser..., en definitiva, otro yo..., sin que ningún centímetro de mi cetrina piel vea la luz y termine por delatarme.

Me maquillo despacio, y, al mismo tiempo, intento conservar el pulso mientras no dejo de tiritar del inhumano frío que se apodera de mi carroza, haciendo no pocas muecas para tensar mi castigada piel, con cuidado de no salirme del relieve de ciertas arrugas que me sirven de guías. Observo detenidamente mi rostro en el pequeño e irregular trozo de espejo, que no deja de ser parte de otro más grande que se rompió. Aquí, delante de este cristal que me muestra cómo me ven los demás, me detengo en lo único que nunca miente..., lo único que no se puede maquillar..., mi mirada, mis oscuros ojos, y comienzo a pensar en el rechazo del que he sido objeto desde mi niñez a consecuencia del sucio color de mi piel, mi pelo algo largo, de estropajo, bruno, sin vida, y mis grotescas manos..., dedos, nudillos y uñas, propias de un hombre de orígenes humildes, rústicos, orígenes de sufrimiento y necesidades. Lo que

para muchos era y sigue siendo sinónimo de gitano, de ladrón, de persona de dudosa reputación. Nada más lejos de la realidad..., ya que lo cierto es que, hasta donde yo sé, soy magiar¹ por los cuatro costados.

Nací a finales del siglo pasado en la localidad de Belényes, en plena Transilvania húngara, que pertenece a Rumanía desde hace unos cuatro años, como parte de la deuda territorial a la que tuvimos que hacer frente después de perder en la Gran Guerra. Mi padre, profesor de una pequeña escuela local, se encargó de formarme intelectualmente con una cultura de la que aún hoy, a mis 42 años, me enorgullezco, mientras que la buena de mi madre se ocupó de educarnos a mí y a mis hermanos de forma que nuestra educación fuese nuestra mejor tarjeta de visita. Saber cuándo uno debe hablar, qué hablar y cuándo debe callarse, ese «saber estar» que no viene en ningún manual de urbanismo, esa clase, ese algo, esa percepción de dónde está tu lugar, eso... es lo que te diferencia del rebaño, lo que te hace distinto a los demás.

Mi verdadera vocación desde que era niño fue el teatro, profesión de la que tuve la enorme suerte de vivir durante algún tiempo. Ganaba poco dinero y a veces el público no acompañaba, bien por su escaso número o por los abucheos de los que éramos objeto mis queridos compañeros y yo cuando la función no era del gusto del gentío... Aun así, era feliz..., muy feliz. Después de cada función solíamos quedar para ir a cenar o tomar unas cervezas, éramos muy buenos amigos..., casi hermanos.

La vida me sonreía, tenía mi trabajo, mis amigos y la esperanza de formar una familia algún día. Ya daba por hecho que tenía la vida resuelta y que durante los próximos veinte o veinticinco años, salvo rara excepción, mi futuro no debería sufrir excesivos sobresaltos. En definitiva, vivía tranquilo y pensaba que así sería durante bastante tiempo, posiblemente hasta el fin de mis días... Hasta que en 1914 estalló el conflicto. Cuando te crees en posesión de la verdad, de conocer de alguna extraña forma la respuesta a todas las preguntas, o cuando tienes la seguridad de vislumbrar con ignorante y temeraria tranquilidad un futuro aún por determinar, el destino te da un revés y te sitúa de nuevo en la línea de salida, como si alguien quisiera dejar bien claro quién es el que manda sobre nosotros. El metálico ruido de las armas y el cálido olor de la sangre dieron al traste con todo aquello..., con todos aquellos sueños de adolescente en los que me veía como una gran estrella de los escenarios,

actuando al menos en todas las grandes ciudades de Hungría. Lo único que saqué en claro de mi paso por la contienda fue la desagradable certeza de que en ausencia de reglas, en el anonimato que proporciona estar bajo la impermeable capa de la guerra, el ser humano se muestra implacable con los de su especie, cruelmente justiciero con los fuertes e inhumanamente malvado con los débiles.

Apenas una pequeña parte de nosotros, aquellos de corazón puro, son capaces de abstraerse del mundo que les rodea para escuchar en su interior y priorizar a los ajenos antes que al propio. Gracias a uno de ellos tengo únicamente una pequeña cojera en la pierna derecha, cuando en realidad podría estar bajo tierra si aquel soldado desconocido no me hubiese empujado deliberadamente para evitar que la metralla de una granada impactase sobre mí. Metralla que recibió él casi por completo..., gratuitamente, sin pedirme nada a cambio, matándole en el acto. No le conocía, ni siquiera supe su nombre; un chico corriente, como cualquier otro, ni más alto ni más fuerte que los demás..., pero con un corazón que le hizo reaccionar contra su instinto de supervivencia. Allá donde te encuentres..., gracias.

Su misma mala suerte corrieron la mayoría de mis compañeros del teatro, por lo que después de todo aquello perdí toda vocación y motivación por los escenarios y me di perfecta cuenta de que nada podía ser como antes. ¡Maldita guerra!

Mis sueños, mis ilusiones, mis metas se habían evaporado como el agua de un plato que dejas al sol, para ir a parar a no sé qué nube y llover sobre no sé qué campo, pero el mío ya no.

Desorientado, sin dinero y moralmente hundido en la miseria, sin saber qué hacer ni hacia dónde ir, un buen día tuve que asumir mi nueva condición, mi nuevo rumbo, y empecé de cero a buscar trabajo de lo que fuese, con tal de no pasar hambre. Fue entonces cuando conocí a los Kárpáty.

Era un frío y desagradable sábado de invierno, recién acabada la guerra. Uno de esos días en los que el viento te impide prácticamente cualquier actividad, incluida la de abrir los ojos para ver por dónde vas y evitar caer al suelo con las placas de hielo. Me encontraba en el pueblo de Tokaj, donde había llegado desde la localidad de Rakamaz gracias a la gentileza de un anciano que accedió a que le acompañase en su carro. Me

había comentado que existía la posibilidad de encontrar algo de trabajo en una granja cercana o en los bosques de los alrededores, y decidí acercarme para probar suerte. Toda mi atención se centraba en mantenerme en pie, apoyándome incluso en las paredes con tal de no dar con mis huesos en el gélido suelo. Al pasar por la adoquinada plaza, junto a la iglesia, observé, entre mis múltiples y repetitivos pestañeos, un grupo de cinco o seis viejas carrozas pintadas de un triste verde junto a otra ligeramente más grande, donde ponía, en grandes letras rojas y amarillas comidas por el sol, *Cirkusz Kárpáty*, todas ellas tiradas por unos famélicos pencos cuyos huesos parecían querer salirse de sus cuerpos.

También había cerca de ellas un grupo de enanos que se empeñaban sin mucho éxito en sujetar y atar una obstinada y rebelde lona para cubrir la jaula de dos tiñosos leones. La bizarra batalla que esa pequeña gente le había declarado al viento y, por ende, a aquel trozo de tela era encomiable.

Con su apenas metro de altura se empeñaban en proporcionar cobijo a los felinos, con la debida precaución de no introducir una de sus pueriles manos entre los barrotes. Tal era el sufrimiento y desesperación que estaban pasando aquellas cuatro personillas que crucé la plaza y desde mi ligeramente privilegiada perspectiva les ayudé a que consiguiesen su objetivo. Tres de ellos, entre los que se encontraba una chica, desaparecieron sin saber cómo apenas estuvo sujeta la lona, mientras que el mayor, un diminuto ser de pelo ligeramente cano y cara de pocos amigos, se quedó un instante para agradecerme el gesto.

La tarde empezó a tornarse aún más gris y numerosos y amenazantes nubarrones hicieron acto de presencia en aquel infierno helado, por lo que decidí dirigirme cuanto antes a la granja que el anciano me había indicado y buscar un sitio para pasar la noche lo más resguardado posible antes de que el tiempo empeorase.

Estuve más de media hora andando por un camino que se perdía en el plomizo horizonte, con durmientes abedules de blanca corteza a ambos lados que se doblaban una y otra vez, chascando, quejándose de la fuerza con la que eran obligados a besar el suelo, desde donde pude ser testigo del enorme poder y belleza de la naturaleza. Supuestamente debía llegar a una de las pocas fincas de la zona que aún tenía algunos animales, pero las nubes cada vez eran más oscuras y amenazadoras, por lo que caí en la

cuenta de una especie de antiguo cobertizo de madera que se encontraba a unos cien metros de la cuneta.

El lugar en cuestión daba pavor. Debía haber sido una especie de antigua caseta de herramientas o algo similar. Carecía de puerta y la mayor parte de la estructura se encontraba medio podrida, pero aun así creí que sería un buen sitio para pasar la noche al resguardo de aquel huracanado e incesante viento polar. Me acomodé como pude en una esquina y, aprovechando mi bolsa de viaje como improvisada almohada, me acurruqué, metí las manos en los bolsillos y me tapé todo lo que pude.

Mi templado aliento hacía que algo de calor llegase a mi cara tras chocar contra el cuello del abrigo, aunque de manera intermitente. Al principio no podía conciliar el sueño debido al frío y al miedo de que la extraordinaria virulencia con la que soplabla el viento arrancase de cuajo mi destartalado cobijo, pero el cansancio era notable y terminé por sumirme en un profundo sueño.

A la mañana siguiente, un martilleo irregular que procedía del tejado de la cabaña me despertó repentinamente. Salí sobresaltado al exterior con la intención de encontrar una respuesta a tan desagradable ruido matinal. Cuál fue mi sorpresa cuando, al alejarme escasos metros para poder ver el tejado, dos urracas salieron volando despavoridas, dando así al traste con su intención de encontrar algo comestible entre las mohosas y caducas tablas. El temporal parecía haber remitido y lo que apenas unas horas antes era aire en violento movimiento se había convertido en una suave pero aún fría brisa.

Las nubes habían desaparecido casi por completo, a excepción de algunas aisladas, a las que yo me empeñaba mentalmente en asociar a formas terrenales a base de echarle mucha imaginación, por lo que decidí proseguir con mi búsqueda.

Momentos después conseguí llegar a la granja que me habían indicado y pregunté al dueño sobre la posibilidad de ayudarle en lo que fuese a cambio de algo de dinero o comida, pero me explicó que tenía ya pocos animales y que apenas disponía de comida para su familia, por lo que una nueva negativa pasaba a engrosar mi lista de fracasos, debidos seguramente a mi imagen. Eran incontables las veces que me habían rechazado formalmente, sin contar las que me habían dado con la puerta en las narices de muy malos modos.

De vuelta de nuevo a Tokaj, y mientras iba mal tirando de mi pierna, la cual arrastraba ligeramente a consecuencia de mi antigua herida de guerra, me crucé con las carrozas del circo Kárpáty. Me orillé en la cuneta para dejar paso a los carruajes, mientras los observaba con cierta admiración, con cierta envidia, con ganas por un momento de evadirme de mi dudoso sino a bordo de aquellas plataformas de verde madera, llenas seguramente de preciosas aventuras, aventuras de personas recias, nómadas, acostumbradas a vivir con lo puesto, sin raíces en ningún sitio, sin un hogar fijo al que retornar de vez en cuando.

Cuando pasaron frente a mí todas, me quedé mirando como un tonto cómo se alejaban. Fue entonces, en ese momento, cuando mi destino cambió. La última carroza paró a escasos metros, y de su parte trasera salieron los tres enanos que la tarde anterior se habían ido sin agradecerme la ayuda que les presté con la lona.

Por una parte era ciertamente cómico verles andar o moverse con aquellas pequeñas y arqueadas piernas y esos bracitos como hinchados que apenas movían y que contrastaban con las enormes cabezas. Eran rostros de adultos en cuerpos de niño.

Sin embargo, por otro lado, resultaba tremendamente cruel que la misma naturaleza que era capaz de mostrarse con toda su fuerza y belleza pudiese determinar de una manera tan inhumana y vil la vida de unas personas desde su nacimiento. Se dirigieron a mí cabizbajos, como avergonzados, sin saber muy bien a qué se debía el encuentro, hasta que una vez allí delante, la diminuta chica habló.

—Hola... Solo queríamos darte las gracias por habernos ayudado ayer a colocar la loneta.

—No os preocupéis. No tiene importancia. ¿Cómo os llamáis?

—Yo soy Lujza. Ellos son Ottó y Tódor. El que se ha quedado en el carro se llama Ferkó, es el mayor y es quien nos ha obligado a parar y venir. No nos malinterpretes: con el viento que hacía no caímos en la cuenta de agradeceréte —dijo mientras los otros dos enanos, avergonzados y tensos, apenas levantaron la cabeza.

—¡Tampoco hacía falta que paraseis! ¡No tiene ninguna importancia! —comenté intentando que se relajasen un poco—. Yo me llamo Dominik, Dominik Pusztai —dije cordialmente a la vez que les daba la mano.

En ese momento, y debido a que la momentánea parada se dilataba en exceso, un hombre mayor que se había bajado de la primera carroza y que venía hablando solo, malhumorado, con un bastón en la mano, se acercó a nosotros y pidió explicaciones a los enanos sobre la interrupción del viaje.

—¿Qué mierda hacéis aquí? ¿Creéis que podéis parar a mear donde queráis? —les espetó de muy malos modos.

—No, señor Kárpáty. Solo nos detuvimos un momento para agradecer a este hombre la ayuda que nos prestó con la lona de los leones —dijo la enana intentando apaciguarle.

—¿De qué lona me hablas?... ¡Bueno! ¡Me da igual! ¡Rápido, subid a vuestra carroza! —siguió escupiendo por aquella boca mientras su pipa hacía malabares entre sus labios para no caerse, ignorándome como si fuese invisible.

Aquel señor de mejillas inyectadas en sangre, obeso, de piernas arqueadas, que vestía como si viniese de un velatorio, era el dueño del circo. Se trataba de Ambrus Kárpáty. Llevaba en ese mundillo desde que era un niño, negocio que conseguía llevar adelante como podía, entre borrachera y borrachera, gracias a la regia e inflexible mano de su mujer para con el dinero. Los enanos salieron corriendo hacia su carro, y tras ellos, Ambrus. Apenas se había distanciado diez metros de mí, se volvió repentinamente para decirme «¡Gracias!», dándose de nuevo la vuelta para seguir su camino.

Fue entonces cuando, sin pensarlo, le pregunté si podía ir con ellos y ayudarles en cualquier cosa a cambio de algo de comida. Él volvió a parar en seco, se volvió con cara pensativa y, tras andar unos pasos hacia donde yo estaba, exclamó:

—¿Eres gracioso? ¿Sabes hacer reír?

—¡No sé! ¡Nunca lo he intentado! Antes era actor de teatro. ¿Eso le vale? —comenté con la esperanza de que le pareciese bien.

—Me hace falta un payaso. El último bueno que tuve lo mataron en la guerra —me dijo interesándose verdaderamente por mi respuesta.

—¡Me encantan los niños, y además sé algunos trucos de magia, así que, si le parece bien, cuente conmigo! —dije ilusionado, aunque sin saber todavía si iba a ser capaz de cumplir sus expectativas.

—¡Estupendo! ¡Vámonos! —Levantó su bastón haciéndome un gesto para que le acompañase.

Y de esa forma tan tonta fue como conocí a los Kárpáty para pasar a formar parte de este modesto circo compuesto por una gran familia, donde he sido muy bien recibido salvo alguna excepción, y donde he encontrado mi verdadera vocación, la vocación de crear alegría, de crear ilusión.

Las risas de los niños, su cara de asombro con los juegos de magia, o, lo que es mejor aún, el rostro de felicidad de las viudas de la guerra cuando ven la alegría que al menos durante un rato sienten sus hijos, lejos de las penurias y necesidades que se pasan al otro lado de la carpa, hacen de este trabajo el más gratificante y maravilloso del mundo. Después de casi tres años en esto, creo sinceramente que no lo cambiaría por el teatro. La vida del teatro es muy bonita..., pero el circo... es algo especial.

Ya he terminado de maquillarme y me dispongo a ponerme un blusón blanco que lleva cosidos dos gigantescos botones negros y unos pantalones por debajo de la rodilla del mismo color, para calzarme posteriormente unos enormes zapatones rojos, al menos treinta tallas más grandes que mis pies, que acompaño con unos llamativos calcetines de diversos colores. La metamorfosis la realizo colocándome en el cuello la gorguera. Por último, un viejo y machacado sombrero negro pone la guinda de este pastel viviente en el que me he transformado.

De esta manera, en algo más de media hora paso de ser un triste y paupérrimo individuo que pasa inadvertido por la calle, una fea oruga que ni siquiera los pájaros más hambrientos quieren comer, a convertirme en un ser lleno de luz, de esperanza, de optimismo, en definitiva, una preciosa mariposa de grandes y policromadas alas que todos quieren tocar.

Es en este punto, cuando me coloco el sombrero..., cuando Bemol interpreta que ya es hora de salir a trabajar y se pone nervioso a arañar la puerta para que le deje salir. Bemol es un pequeño perro fruto de distintas razas, feo, de pelo corto y grisáceo, con una mancha negra que le rodea uno de los ojos, sin apenas ningún atractivo aparte de su inteligencia, seguramente superior en algunos casos a la de muchas personas.

Lo encontré abandonado en uno de los pueblos donde actuamos hace un par de años. Es el fiel e incondicional amigo que se encarga de hacerme compañía y de aguantar mis confesiones..., mis momentos de depresiva soledad dentro de esta caja de madera con ruedas que no deja de ser una especie de antesala a lo que debe ser un ataúd. Colabora conmigo en la

función con gran interés, como si, de alguna extraña forma, el pequeño animal se sintiese en deuda conmigo por haberle rescatado de la calle. Al bajarme de mi carroza, siempre debo tener cuidado con las escaleras, ya que aunque Bemol se planta en el suelo de un salto, no sería la primera vez que acabo tropezando con estos enormes zapatos y cayendo al barro de bruces. Nuestro alojamiento dista unos cincuenta o sesenta metros del emplazamiento del circo, un pequeño pero precioso circo de loneta blanca y negra que los Kárpáty compraron de segunda mano a su anterior dueño, un eslovaco, pariente lejano del domador, que pasó a mejor vida.

Aparto un trozo de la carpa, con cuidado de no engancharme los pies con los cabos rojos que sujetan la estructura, y accedemos al interior... Allí, escondidos bajo el graderío, me fijo en el variopinto abanico humano que forma la clientela: niños con sus madres, parejas de ancianos intentando vivir lo que se les escapó hace sesenta o setenta años y algunos adolescentes que, lejos de disfrutar del espectáculo, prefieren estar riéndose de los artistas que vagueando en la calle.

Cerca de donde estamos puedo ver a la encargada de la recaudación, la gruesa señora Kárpáty, que, armada con un palo, golpea fuertemente en la espalda a unos chiquillos de seis o siete años vestidos con harapos que pretendían ver la función escondidos bajo los asientos, sin haber pasado antes por la taquilla.

—¡Vieja bruja asquerosa! ¡No le basta con lo que nos cobra del alquiler de las carrozas, sino que además es incapaz de perdonarle unas míseras monedas a unos chiquillos que seguramente no tengan nada que comer! ¡Por esa precisa razón es por lo que creo que yo nunca podría ser dueño de un circo..., nunca le cobraría a nadie!

Bemol me mira ansioso, con una luz especial en los ojos; él también ha nacido para esto. Comienza a ponerse nervioso y a rascarse frenéticamente las orejas, esperando a que termine el número de Margit, la trapecista, y el señor Kárpáty, que curiosamente hoy parece estar sobrio, nos dé paso con su presentación.

—¡Margit! ¡Divina Margit!

Tras escasos minutos que a mi pequeño amigo y socio se le hacen eternos, Ambrus, con su chaqueta verde de lentejuelas, nos presenta ante el público como Dominik y el gran Bemol. La gente empieza a aplaudir y mi perro sale como una bala a la pista, dando vueltas como si estuviese

fuera de sí frente al público, frente a los niños que ya empiezan a volverse locos de alegría, como queriendo saludar a todos a la vez. Acto seguido salgo yo y comienzo mi número con una tremenda e intencionada caída al tropezar no se sabe muy bien con qué, dando con mis huesos contra la polvorienta arena, provocando la risa del público.

Me incorporo y comienzo a saludar a la gente agachándome como muestra de respeto, momento en que Bemol ya sabe que tiene que saltar un poco, morder mis pantalones desde atrás y tirar con fuerza para dejar al descubierto unos horribles y gigantescos calzones de rayas blancas y rojas que consiguen una nueva y gratificante explosión de júbilo en la gente.

Simulo enfadarme mucho con el perro y regañarle por lo que ha hecho..., salgo tras él, pero comienza a correr mientras camino rápidamente para alcanzarle. El animal empieza a actuar de nuevo, interponiéndose y cruzándose entre mis piernas, haciendo que vuelva a tropezar con sus cabriolas, hasta en tres o cuatro ocasiones, lo que eleva el nivel de las risas. Esas risas, esas explosiones de aliento de todas las edades, son música celestial para mis oídos, me alimentan más que la comida, y es ahí, precisamente ahí, cuando por un segundo no me cambiaría por nadie del mundo y tengo el convencimiento divino de que estoy haciendo lo que debo, para lo que he nacido.

Más tarde introduzco en mi deteriorado y negro sombrero un pañuelo rojo de seda que saco de uno de mis bolsillos y simulo con mi mano derecha que dejo caer alguna especie de polvo mágico a la vez que pronuncio las palabras «Quiquiriquí, quiquiriquí, quiquiriquí», lo que hace que sienta cierta vergüenza por la estupidez de la frase.

Me quedo mirando fijamente el bombín, entornando los párpados, como concentrándome. La gente guarda silencio... Todos los ojos que hay bajo la carpa están fijando sus miradas en el insignificante fieltro. La tensión y expectación se palpan en el ambiente. Bemol permanece inmóvil, no queriendo restarme nada de protagonismo, no haciendo nada que pueda distraer al gentío, respetando mi momento. Por fin, antes de que el público se canse, meto la mano y cojo el sedoso pañuelo.

Todos esperan que saque un pollo de debajo de aquel velo, pero en realidad saco una mustia cebolla. Simulo estar frustrado y mi socio empieza de nuevo a dar vueltas alrededor de la arena, como riéndose de

mi fiasco. Lo vuelvo a intentar, haciendo exactamente lo mismo y consiguiendo la misma atención del público... para sacar un huevo. Observo que hay personas que sacan sus pañuelos para secarse las lágrimas de hilaridad que les ocasiona mi actuación, lo que me hace amar aún más esta profesión. Muchos de ellos, a juzgar por la expresión de sus rostros, parecen llorar de añoranza o envidiosa rabia y no de risa, por carecer en sus casas de un bombín así, del que pudiesen sacar todas las noches un par de huevos con los que dar de comer a sus hijos.

—¡Ya estas más cerca, a ver si a la tercera va la vencida! ¡Dedícate a otra cosa! —grita un majadero desde uno de los asientos de la grada, a la vez que no para de reír; por su tono noto que habla en serio, sin darse cuenta de que todos los errores forman parte del espectáculo.

Continúo con mi número. Repitiendo otra vez todo. Consigo crear de nuevo ese silencio, aunque menos puro: hay gente murmurando y preguntándose qué sacaré ahora del sombrero.

Cojo la roja seda con las dos manos; el bulto que hay bajo ella es prometedor... Los niños miran sin pestañear... y saco un pollo mediano, blanco como la leche, hijo de Claudia, una de nuestras gallinas, y que sacrificaremos en un par de meses o tres, cuando haya cogido el peso deseado, para hacer un nutritivo caldo o acompañar a unas mondas de patata.

¡Ahora sí! La gente no para de aplaudir. Me siento como el antídoto a tanta desesperación, a tantas necesidades, a tanto dolor generado desde la guerra. Me siento eufórico, brutalmente recompensado por tanto agradecimiento.

Bemol se sienta a mi lado y me mira como diciendo «Qué buenos somos, gracias por dejarme trabajar contigo». Yo le sonrío y le guiño un ojo, olvidando por un instante que se trata simplemente de un perro, maravilloso animal, pero un perro al fin y al cabo.

Continúo con el espectáculo al menos durante otros quince minutos, para terminar con mi número estrella. Cojo el huevo y lo lanzo hacia lo alto, muy por encima de mi cabeza, para pararlo delicadamente con uno de mis acolchados zapatones antes de su irremediable rotura contra el suelo... Lo introduzco después por una de mis anchas mangas de la camisola y consigo llevarlo hacia la otra, realizando no pocas poses y contorsiones. Realizo la operación hasta en tres ocasiones, simulando que

el truco no me sale, que me falla algo. La gente empieza a dudar si los errores serán parte del juego. En mi cuarto intento meto el mareado huevo por mi manga izquierda y por la derecha sale una preciosa tórtola turca con su nuca de azabache, que dejo en mi cabeza para cubrir posteriormente con el sombrero, permaneciendo allí apenas un minuto..., justo lo que tarda la gente en dejar de aplaudir. Me quito el bombín y el delicado animal ha desaparecido, haciendo acto de presencia de nuevo... el dichoso huevo, que cojo en el aire cuando lo dejo caer al inclinar mi cabeza. La gente se deshace en aplausos y algunos se ponen en pie para mostrar su admiración. Hago una pequeña gracia con mi trompeta a la vez que interpreto alguna pieza musical como colofón a mi actuación. Bemol y yo nos despedimos, y al igual que cuando entré en la pista, al agacharme, el perro se cuelga de mis pantalones y vuelve a bajármelos. Voy corriendo tras Bemol y ambos salimos de la lona camino de nuestra carroza para dar paso a Dániel, el mozo, que se encargará de montar las rejas para proteger al público de los dos leones y el oso que saldrán con el domador a continuación.

Dániel es un joven muchacho con una oreja despegada que su tío se encargó de inmortalizar de esa manera, a base de tirar y tirar, esperando corregir y parar con el doloroso acto las tropelías y desaguisados que el chico preparaba casi a diario y cuya única solución resultó ser enviárselo a Ambrus, esperando que el trabajo en el circo le hiciese estar lo suficientemente cansado como para que se le quitasen las ganas de emplear sus energías en otras actividades menos aprobadas socialmente, como el robo..., lo cual parece haber surtido efecto. Es un noble muchacho.

El sol comienza a ocultarse, y por ende las bajas temperaturas empiezan a hacer acto de presencia. Antes de entrar en nuestro mísero y humilde alojamiento entre dos carros, aprecio un oscuro bulto que se mueve ligeramente pegado al suelo.

Mi corazón se sobresalta..., parece un jabalí, pero Bemol está tranquilo, no ladra, lo cual me extraña. Al acercarme, rápidamente lo identifico como uno de los chiquillos que momentos antes había sufrido en su espalda la inhumana brutalidad de Terézia por no haber sacado la entrada.

Está sentado en el suelo, junto a un charco; apenas tiene seis años, sus ropas mugrientas, sus heredados zapatos rotos... atados con cuerdas de

pita. Unos profundos y encharcados ojos azules en esa cara sucia, cuyas lágrimas marcan su camino y el verdadero color de su piel, me muestran a una criatura digna de lástima. Un indefenso cordero en medio de la tundra, a merced de un mundo de lobos. Una criatura que no deja de ser el fiel reflejo, el ejemplo de una parte de la sociedad húngara, arruinada, muerta de hambre, una sociedad en la que muchos niños se encuentran predestinados a un pronto final o al menos a un inestable y difícil futuro en el que sobrevivirán los más fuertes o los mejor posicionados socialmente. Estoy ante la más cruel consecuencia de la guerra.

—¡No llores más! ¿Qué te pasa? ¿Te duele la espalda? —le digo a la vez que me agacho para estar a su altura.

—Sí —me dice tímidamente a la vez que asiente con la cabeza.

—¡A ver! ¡Déjame que te eche un vistazo! —Le levanto la sucia camisa gris y presencio una enorme franja rojiza, antesala del moratón que le saldrá en unos días y que cruza de un lado a otro su pequeña espalda, a mitad de camino entre los riñones y los omóplatos—. ¡No es nada, solo un rasguño! —exclamo sonriendo para no alarmarle, pero con los pelos de punta por la crueldad y la gravedad del golpe que había recibido el pobre.

Le hago una disimulada señal a Bemol para que me muerda la camisola desde atrás mientras me encuentro de cuclillas y me dejo caer al barro repentinamente, intentando mancharme lo menos posible, lo que arranca una esperanzadora carcajada en el pequeño, olvidándose del dolor de su espalda por un momento.

—¡Espera un momento, no te muevas! ¡Ahora vuelvo! —Me incorporo.

Me acerco a mi carro y cojo un trapo húmedo, las ceras de colores y el trozo de espejo. Al volver junto a él, le limpio un poco la cara y comienzo a pintarle el rostro como si fuese un diminuto payaso. El pequeño no sale de su asombro y ya ni siquiera se acuerda de que tiene espalda. Cuando termino de maquillarle, le ayudo a ponerse de pie y le muestro en el espejo el colorido resultado, lo que provoca en él una enorme y preciosa sonrisa que deja entrever la ausencia de algunos dientes de leche. A continuación, y como colofón, me quito el sombrero, le muestro que está vacío, me lo vuelvo a poner... y al retirármelo de nuevo de la cabeza le invito a que mire en su interior.

—¡Un huevo! —dice todo ilusionado a la vez que encoje los hombros sin explicarse el origen de tan deseado objeto.

—¡Sí! ¡Un huevo! ¡Y es tuyo! ¡Cógelo! —El chaval no tarda ni un segundo en hacerse con el preciado esfuerzo de la gallina.

El chiquillo me mira con los ojos como platos y se abraza a mi pierna en señal de cariño y agradecimiento mientras le muevo el pelo amistosamente. Sale corriendo sin mirar atrás, con mi cena, seguramente para llevar la buena nueva a su madre, que al menos esta noche ya no tendrá que estrujarse la cabeza con la comida del chico.

De vuelta al carruaje, observo que Margit, la trapecista, ha sido testigo de todo a través de la ventana de su carroza, levantándose la mano a modo de saludo desde su privilegiado mirador. Una vez dentro, comienzo a desmaquillarme, pero paro de repente para mirar a Bemol, que está a mi lado, sentado, con esa carilla de complicidad que tiene, y pienso en lo extraordinariamente bien que me siento por lo que acabo de hacer.

Hoy dormiremos aquí y mañana temprano comenzará de nuevo nuestro viaje hasta la ciudad de Debrecen, donde permaneceremos más de diez días, al ser una ciudad importante.

Estoy metido en la cama, vestido y con un gorro de lana. Hace mucho frío, un cortante frío que no consigo controlar a pesar de las tres mantas que tengo encima. He dejado que Bemol se meta conmigo para que ambos nos demos calor. Algunas carrozas disponen de una pequeña estufa de leña que ayuda a caldear la estancia en días como el de hoy, pero la mía no es de las afortunadas. En el exterior aún se encuentran Dániel, los enanos y Ambrus, desmontando la carpa y los mástiles, mientras que a mí me tocará colaborar en el montaje cuando lleguemos a nuestro destino.

Ahí fuera mis compañeros han preparado una gigantesca fogata que les proporciona más luz que calor mientras trabajan. Es precisamente esa luz intermitente en su intensidad la que entra por la pequeña ventana del carramato e ilumina su interior. Una claustrofóbica caja de madera donde apenas entra mi camastro, el taburete y una obsoleta estantería clavada a la pared que alberga unos pocos libros, en su mayoría heredados..., como un viejo ejemplar de *El Horla* de Maupassant, o mi favorito..., el *Armancia* de Stendhal, con el lomo roto.

También hay un par de fotos familiares, mi castigada trompeta y una antigua cajita musical con una bailarina, recuerdo de mi madre..., mis únicas pertenencias de cuarenta y dos años de existencia. Por este chamizo con ruedas, de tejado abombado, que antaño transportaba terneros o

cerdos, y de cuyos lustros todavía a veces la madera comparte conmigo desinteresadamente un ligero hedor a orín y heces, fruto de la absorción a la que se vio obligada, pago religiosamente un alquiler que me descuentan los Kárpáty de mi ridículo sueldo. Mejor dicho, y haciendo honor a la verdad, es ella, Terézia Kárpáty, la que impuso la norma del arrendamiento en contra de la opinión de Ambrus y de su pipa, la cual parece ser un apéndice de su boca.

Él tiene muchos defectos, entre ellos el fantasma del alcoholismo, al que debe rendir pleitesía casi a diario, y que le ocasiona no pocos problemas, principalmente de salud, pero es infinitamente mejor persona que su esposa, aunque si este humilde circo funciona medianamente bien es gracias a ella.

Yo trabajo aquí porque Terézia dio su visto bueno, si no, sería uno más de los muchos que vienen ofreciendo su ayuda para limpiar los animales, ayudar con la carpa o dejarse torturar como faquires en cualquier hipotética actuación a cambio de dormir en el suelo con los caballos y algo de comida.

Padres de familia desesperados, sin ninguna salida al hambre de sus hijos, que en muchas ocasiones subsisten o sobreviven gracias al hurto de cualquier cosa que se pueda vender o comer. Esa es la gente que a diario nos encontramos allá donde vamos, en cualquier ciudad húngara, y que la insensible e inmisericorde Terézia se encarga de ahuyentar gruñéndoles como un perro.

Parece que el contacto con Bemol y las tres mantas han conseguido al menos que el frío no vaya a más, pero no consigo conciliar el sueño... Mis tripas me recuerdan el motivo, hablándome en la intimidad de lo bien que les hubiese venido ese huevo que le cedimos al niño. Intento convencerlas de que se ha hecho lo que se debía y que mañana habrá seguramente otro huevo del que podrán disfrutar..., si no aparece el chaval de nuevo, ¡claro!

Aquí, en la soledad de mi alcoba, a escasos noventa centímetros del pegajoso barro, en medio de ninguna parte, empiezo a pensar en la trapecista, en sus bien formadas piernas, su rostro terso, lozano, anguloso hasta en su nariz, o esas manos de ninfa de orígenes nobles, ancestralmente dedicadas al estudio, a la pintura o a la música, posiblemente herencia de su rama materna florentina, que hacen de ella esa grácil y delicada figura que me atormenta cada vez que la veo y desde

el mismo día en que la conocí. En esta cama me muestro como soy, sin maquillaje, sin caretas ni máscaras, y en voz baja declaro ante Dios que la amo, que mataría y moriría por ella. Si al menos durante un corto espacio de tiempo me diese la oportunidad de demostrárselo, la haría la mujer más feliz del mundo, porque sé a ciencia cierta que tengo la capacidad de amar sin medida, porque hace mucho tiempo que me acepté como soy y conozco mis miedos, mis limitaciones y sobre todo mi corazón.

Un corazón que aún no ha tenido a su edad la oportunidad de amar a una mujer, aunque lo intenté en mi adolescencia sin ningún éxito, y que poco a poco se desespera porque algún día se rompa el mal de ojo del que supuestamente he debido ser objeto. Tampoco he tenido la oportunidad de estar con una chica en la cama, y cuando he podido irme con alguna prostituta, en el último momento, un falso pudor y la cobardía de no estar a la altura como hombre me han anulado, devolviéndome a mi triste sexualidad, a la facilidad y seguridad que me proporciona la masturbación.

No soy un hombre guapo, ni mucho menos, todo lo contrario... Comprendo que mi aspecto agitanado, zíngaro, pueda echar para atrás a más de una mujer, pero estoy seguro de que mi verdadera belleza está en mis entrañas, en mi alma, en lo cariñoso de mi trato, de mi afable forma de ser cuando se me conoce, y en mi predisposición a renunciar absolutamente a todo por amor.

Mi físico, y principalmente mi complejo de inferioridad, el cual tengo tan interiorizado desde mi infancia, que hace que uno parezca un soberbio maleducado cuando en realidad solo es timidez, han conseguido durante años que prefiera dejar pasar ciertas oportunidades en mi vida ante el temor de ser rechazado. La de cosas que me habré perdido en la vida por mi falta de valentía. Aquí radica mi principal problema.

Aunque me consta por los enanos que Margit es una chica algo reservada, y he sido incapaz de pararme a hablar con ella más allá de lo estrictamente necesario, estoy seguro de que a ese escultural y etéreo cuerpo le acompaña inexorablemente un carácter afable y bondadoso, capaz de morir y entregarse por amor.

Me muero por Margit, por tocarla, por respirar su aliento, por besar esos delicados labios, en definitiva, por fundirme con ella en un solo ser..., pero no puedo permitirme el lujo de decírselo, me moriría de la vergüenza, me aterra el solo hecho de pensar en dar ese paso.

Solo bajo mi colorido disfraz, bajo esa grasa película policromada con la que cubro mi rostro, bajo ese otro yo, es cuando me atrevo a cualquier cosa. De hecho siempre he pensado que sería incapaz de salir a la pista y hacer un simple truco de magia sin maquillarme.

¡Necesito piel! ¡Tocar! ¡Abrazar! Frustrado una noche más, comienzo a llorar de rabia por mi falta de valor ante la vida, por dejarme llevar por los acontecimientos sin tan siquiera rebelarme contra mi sufrido conformismo y cambiar esa mediocre y lastimera imagen que tengo de mí mismo. Me coloco de lado, dándole la espalda a Bemol, que duerme profundamente, y me abrazo con fuerza a la almohada como si fuese Margit, como si los dos estuviésemos acostados..., para besarla, acariciarla y desearle buenas noches, a sabiendas de que soy prisionero de mis propios miedos y de mi propio engaño. Soy en la misma persona timador y timado. Cansado de llorar, me empiezo a quedar dormido para escapar a mi tortura al menos durante unas horas.

* * *

—¡Vamos, arriba! —me gritan cuando apenas ha amanecido, a la vez que golpean fuertemente tres veces mi puerta para que me despierte.

Cosa que hago casi de inmediato, aunque mi cuerpo quiera seguir postrado en mi incómodo pero caliente camastro. Me incorporo ligeramente para sentarme y comienzo a vestirme. Me encuentro fatal, me faltan horas de sueño y me duele bastante la espalda, seguramente de una mala postura durante la noche.

Mientras me pongo los pantalones y me calzo, reflexiono sobre mis pensamientos nocturnos hacia Margit y mi actitud tremendamente pueril e inmadura abrazado a una almohada. Es curioso caer en la cuenta de que las cosas por la noche parecen de una forma y por el día, a la mañana siguiente, todo pierde importancia, nada es tan grave. Durante el transcurso del día soy consciente de mi situación frente a la trapecionista..., de que nunca estaré con ella porque es demasiada mujer para mí, y lo acepto sin sufrir en exceso, se podría decir que racionalizo el problema.

Sin embargo, las hadas de la noche me transportan como a otra dimensión, a otro escenario donde nada coincide con mis cabales

planteamientos y razones de horas antes, y me sumerjo en una atmósfera de dolor, de sufrimiento, de anhelo amoroso, en la que la única salida a mi atormentada situación es poder amarla. ¡Dios mío, cómo la deseo!

Apenas abro la puerta para salir, Bemol sale disparado a atender sus necesidades fisiológicas, que generalmente realiza en el sitio menos apropiado. Este sitio suele ser justo delante de la carroza de Branco Molnár, el domador. A Bemol no le cae bien, y a decir verdad, a mí tampoco.

Es un guapo y fuerte engréido, de ascendencia eslovaca, que se cree el centro del universo, que va alardeando de su valentía al dominar y enfrentarse a los leones y al oso. Alto, moreno, de ojos claros y con un buen cuerpo, no me extraña que sea presa fácil de la vanidad. No sé si me parece un estúpido por ser físicamente mis antípodas o por las miraditas que lanza a Margit, afortunadamente sin respuesta alguna por parte de ella. Desgraciadamente, no es la primera vez que tengo un encontronazo con Branco después de que haya pisado los excrementos del perro.

Estoy harto de regañar a mi compañero por elegir siempre el carromato del domador como eventual letrina, pero no me hace caso. Bemol le odia y es su particular forma de castigar e incordiar al engréido adonis, obligándome a mí a salir tras él para recoger sus desechos y evitar así que el tonto del eslovaco vuelva a pisarlos y me quiera abofetear.

Los enanos, Dániel, el mozo, y yo nos reunimos junto al fuego para desayunar algo de pan duro con *gyulai kolbász*² y un poco de queso de oveja, sentados en unas piedras..., haciendo acto de presencia a los pocos minutos Ambrus con su pipa, su botella de *unicum*,³ la cual ya lleva casi vacía, y sus torpes andares. Empieza a decir tonterías y a meterse con el tamaño de Lujza, Ottó y Tódor, no así de Ferkó, al cual admira y respeta aun ebrio.

No sabemos muy bien si estos efectos y esta desagradable torpeza son consecuencia de su borrachera matinal o de los últimos coletazos de la de anoche. Me resulta tremendamente triste ver a un hombre hecho y derecho faltarle el respeto a los demás de esa forma, balbucear o ser incapaz de mantenerse en pie por su falta de cabeza con la bebida. En vista de lo incómodo de la situación, nos apresuramos a terminar cuanto antes y le dejamos con la palabra en la boca para empezar a recoger todo y salir con destino a Debrecen.

Estoy encima de mi carro una vez más, de camino hacia algún lugar de este maravilloso país. Esta es la otra cara de la moneda, siempre de aquí para allá, libres como los pájaros y presos a la vez de nuestra forma de vida, nómadas de nuestro tiempo, de nuestra profesión, sin raíces en ningún sitio, en ninguna ciudad..., pero con ramas en todas.

Desde mi elevada posición consigo ver los campos blancos, nevados, mortalmente helados, llanuras yermas hasta donde se pierde la vista, pareciendo inverosímil que bajo ese gélido manto, unos meses más tarde, ese suelo consiga generar trigo, cebada o remolacha.

Tras dos interminables días luchando contra el viento, el frío o la nieve, conseguimos ver en la lejanía las dos torres amarillas e inconfundibles de la iglesia protestante de Debrecen. Lejos de entrar en pleno casco urbano, lo que implicaría la solicitud de permisos, nos quedamos en las afueras para evitar así el pago de las abusivas tasas.

No ocurre lo mismo en otras localidades, donde el gravamen es más modesto y nos permite acceder tanto al municipio como a la corriente eléctrica que alimenta los focos. Hace un par de horas que ya es completamente de noche y el mercurio vuelve a caer, hasta convertir una suave y creciente brisa en una afilada guadaña que corta cuanto encuentra a su paso. Desenganchamos los caballos e intentamos proteger y asegurar todo lo susceptible de volar durante la noche. Sin descargar ni desmontar nada, nos vamos a descansar para poder afrontar con fuerzas el duro y fatigoso día que nos espera.

A la mañana siguiente, un miedoso sol comienza a dejarse notar tímidamente, incapaz de derretir tan siquiera el hielo de un cuenco que anoche se quedó a la intemperie, y nos aporta más luz que calor. Las pocas horas con las que nos obsequia nos obligan a movernos rápido, casi frenéticamente, para finalizar el montaje de la carpa cuanto antes.

Dániel, los enanos y yo comenzamos a descargar las vigas que conformarán el mástil central de casi trece metros y los otros dos auxiliares, mientras que los Kárpáty, el domador y las siamesas se encargan a duras penas de las diversas partes de la lona.

Comienzo a ensamblar el mástil central y con la pesada maza pretendo clavar en el suelo las puntas de hierro donde irán atados los

cabos que sujetarán el eje y, por lo tanto, el peso de todo el circo. ¡Es un esfuerzo titánico! Noto brotar el sudor de mi frente y la ropa empieza a sobrarme. Con cada golpe se incrementa mi frustración... El suelo está completamente congelado, es como una roca impenetrable que hace que me emplee a fondo, bajo la atenta mirada de todos los demás, hasta caer exhausto de cansancio sin haber podido introducir del todo ni siquiera uno de los enormes clavos.

—¿Ya no puedes más, medio hombre? —me dice Branco con una leve sonrisa en sus eslovacos y perfectos labios.

—¡Sí! ¡Solo estoy descansando! —contesto avergonzado, conteniéndome las ganas de darle con la maza en la cabeza e incapaz de decirle otra cosa que me dejase en una posición más varonil frente a mis compañeros.

—¡Trae aquí, inútil! —exclama de malos modos mientras me arrebató la herramienta de las manos.

El domador termina por clavar con increíble vigor los cuatro puntales y sube él solo la lona de la carpa, ayudado únicamente por un polipasto, mientras es observado cándidamente por Margit.

Una vez colocada la bicolor lona del techo, entre todos montamos las tablas del graderío, tensamos la carpa desde los extremos a base de rojas sogas y nuevos puntales que aseguran convenientemente toda la estructura, para finalmente enganchar las telas laterales que cierran el conjunto a modo de livianas paredes. Al mediodía hacemos una breve parada para comer algo, de lo mismo que hemos desayunado, un poco de pan y algo de queso que regamos con vino rebajado con agua para prolongar las existencias, al calor de una fogata que a duras penas conseguimos mantener encendida a base de leña empapada y excrementos secos de los caballos.

En la lejanía aparece la silueta de un siniestro hombre vestido enteramente de negro que parece tener prisa por llegar hasta nosotros. A medida que se va acercando, su figura me permite captar ciertos detalles, como su oscuro pelo desaliñado vetado de canas o su poblada barba, que apenas deja ver unas diminutas gafas entre tanto pelo. Su cara redonda y su edad, en torno a los cincuenta años, le confieren un aspecto quizás afable, cándido, con un cierto aire de intelectual.

Antes de que llegue, Ambrus sale con cierta premura a su encuentro y ambos empiezan a hablar. No alcanzo a oír lo que dicen, salvo monosílabos sueltos que el viento nos trae, pero parecen estar inmersos en una cordial conversación. El desconocido parece estar intentando convencer al jefe de algo, realizando no pocos aspavientos con las manos a la vez que le habla muy cerca de la cara, a lo que el viejo Ambrus no deja de negar una y otra vez con la cabeza, mostrándose inflexible en lo que quiera que estén negociando.

Solo yo parezco haberme dado cuenta de todo esto, mientras que mis compañeros apenas se han percatado de la ausencia del viejo. Hasta Ferkó, al cual considero un hombre al que no se le escapa detalle alguno, parece estar hoy más pendiente de los agujeros del queso que del entorno que le rodea. La única que de vez en cuando se da la vuelta para mirar qué hace su padre es Piroska, pero su interés se reduce a escasos segundos de curiosidad. El desconocido hace amago de esquivar a Ambrus y dirigirse hacia nosotros, pero el jefe se lo impide hasta en tres ocasiones, riéndose a carcajadas a la vez que extiende su brazo con el bastón a modo de implacable barrera, cortando el paso a su interlocutor.

Me llaman poderosamente la atención las prisas del jefe por interceptar al barbudo antes de que llegase, y la insistencia de este en acercarse hasta donde estamos..., insistencia que se diluye como un azucarillo en un vaso de agua ante la tenacidad de Ambrus para evitarlo.

Al cabo de un rato en el que ambos continúan hablando, el hombre de siniestra figura se va por donde ha venido y se pierde en el horizonte, no sin antes volver la cabeza hacia el circo hasta en cuatro ocasiones.

Cuando el jefe se incorpora de nuevo a la comida, su hija le pregunta por la identidad de tan insistente caballero, pero Ambrus le dice que se trata de un hombre buscando trabajo, lo que acaba de un plumazo con la curiosidad de la chica, pero no con la mía, que he sabido ver en ese hombre un interés por acercarse a nosotros un tanto extraño.

Por la tarde, y para terminar, colocamos el carro de los Kárpáty, sin duda alguna el más llamativo y colorido de todos, junto a la entrada del circo a modo de taquilla; en el interior alisamos y limpiamos el suelo de yerbajos para convertirlo en una nivelada pista y montamos la estructura del trapecio, además de ultimar ciertos detalles. Todo está preparado para que mañana a primera hora Margit, los enanos, Dániel y la pequeña

Piroska se den unas vueltas por Debrecen repartiendo octavillas por los comercios y las escuelas, anunciando la llegada del circo Kárpáty a la ciudad. Piroska, la única hija de los Kárpáty, es una chiquilla menuda, poca cosa, más bien fea, de unos doce o trece años, muy avispada y vivaracha, de cara redonda, grandes y expresivos ojos y nariz afilada, con un rebelde y recio pelo de color fuego que su madre se empeña en domar adecuadamente sin conseguirlo y que provoca no pocas riñas y trifulcas entre ambas.

Caigo en mi inmisericorde cama destrozado, totalmente vencido por el cansancio, dolorido en manos, pies y espalda por el ingente trabajo de montar lo que en diez días volveremos a desmontar. Fuera, una helada quietud envuelve todo y un silencio sepulcral se hace patente salvo por un levisimo murmullo a modo de blancas y delicadas caricias de los copos al caer sobre el tejado de las carrozas y los aleatorios y amenazantes rugidos de los leones.

Todo está en calma. A consecuencia del agotamiento, comienzo a encontrar comfortable mi lecho. Mi respiración es pausada y mis músculos se relajan hasta el punto de sufrir ciertos movimientos involuntarios que hacen que Bemol se despierte sobresaltado al menos durante un par de segundos. Tengo mucho sueño y me encuentro aliviado sabiendo que tengo al menos ocho horas por delante para morirme en vida.

De repente, mi peludo compañero se incorpora en la cama. Se queda escuchando... Bajándose de un salto, se dirige hacia la puerta y comienza a llorar levemente a la vez que la araña con una pata. Ha oído algo. Le ordeno que se calle y levanto la cabeza dirigiendo mis orejas hacia la puerta, a la vez que afinó mi oído para saber de qué se trata. Se oyen pisadas de alguien sobre la nieve, pisadas delicadas, casi inaudibles. Ante la posibilidad de que se trate de algún ladrón, me levanto con cuidado de mí hasta ahora comfortable lecho y abro un poco la puerta de mi caseta rodante, intentando ver de quién se trata.

¡Es Piroska!, que se encuentra subiendo las escaleras del carro de Margit. Me consta que aunque la hija de los Kárpáty aún es una niña y la diferencia de edad es notable, son buenas amigas. Me pregunto por qué motivo habrá ido a visitar a Margit a estas horas de la noche y en medio de una nevada.

Mi curiosidad va en aumento y me quedo observando, mientras con uno de los pies aparto al perro, que pretende salir, utilizando su hocico como cuña, por la rendija que he dejado. Apenas entra Piroaska en el carromato, cojo mi abrigo, me pongo las botas y salgo a la calle, dejando al pequeño can encerrado para evitar que me delate. Haciendo el menor ruido posible, cubro los escasos diez metros que me separan de Margit, intentando no arrastrar mi pierna en exceso, y me sitúo bajo su ventana, agachado, acechando, congelado de frío, pero ansioso por saber qué se traen entre manos las dos chicas. Me asomo ligeramente por una esquina del cristal y veo que la joven Piroaska saca del interior de sus ropas una botella de *unicum*. Rápidamente creo entender que van a celebrar algo con la botella de licor que la pequeña le ha robado a su padre.

Aguanto que la nieve se pose sobre mi cabeza y me empiece a congelar las ideas, con tal de saber cuál es el motivo de tan arriesgada y oportuna celebración, pero me llama poderosamente la atención que ninguna de ellas se muestre contenta, alegre, sonriente por el evento.

En ese momento, Margit saca de uno de los tristes y estrechos armarios que tiene adosados a la pared una especie de cacerola de cobre que tiene en su parte superior una tapa metálica que termina en un largo y sinuoso tubo..., un objeto que nunca antes había visto. Lo sitúa encima de una pequeña estufa que no siempre enciende y que consigue mantener con algo de leña y exiguas cantidades de carbón que de vez en cuando le traen Dániel o Branco para que no pase excesivo frío. Estoy tan intrigado con todo esto que sin darme cuenta mi dolorido cuerpo me pide incorporarse sin que me advierta de ello... y llego a mirar abiertamente por la ventana, como si tal cosa. Al darse Margit la vuelta, me percato de mi arriesgadísima posición y salvo la situación por escasas décimas de segundo, volviendo a la encorvada y dolorosa pose de furtivo curioso.

Alimentan la humeante y roñosa estufa con un par de pequeños leños, y Piroaska le entrega la botella de licor a Margit, que, tras abrirla, vierte todo su contenido en el interior de la cazuela. Mientras el fuego coge fuerza, ambas empiezan a hablar, lo que hace que pegue literalmente la oreja en la gélida madera del antiguo remolque, alternando con arriesgadas incursiones a la esquina de la ventana para no perderme detalle alguno.

—Muchas gracias, Piroska, por el favor que me haces —dice Margit apesadumbrada, triste.

—No me tienes que dar las gracias. Lo que tienes que hacer es solucionar tu problema de una vez. Yo no voy a poder quitarle una botella de licor a mi padre cada vez que tengas actuación. ¡Entiéndelo! Como se entere, me mata. —Comienza a quitarse el roído abrigo y a ponerse cómoda.

—¡Créeme que lo sé! Pero... ¿cómo lo arreglarías tú? —dice Margit con cara de empezar a llorar.

—¡Margit, te tienes que mentalizar de que no pasa nada, que no te vas a caer..., lo has hecho miles de veces..., podrías hacerlo hasta con los ojos cerrados!

—¡Yo estoy mentalizada, de verdad! Pero es subirme al trapecio y tocar el frío hierro del columpio..., con todo el público pendiente de mí..., y empiezo a pensar que me voy a caer. En ese momento pierdo los nervios, empiezo a marearme y soy incapaz de mirar hacia abajo. ¡Lo siento, no lo puedo evitar! La única forma que he encontrado de controlar los vértigos es poniéndome en la frente el etanol del licor antes de salir a actuar, tal y como me dijo Ferkó. —Margit llora. Yo no doy crédito a lo que acabo de escuchar.

—¿Y por qué no dejas esto y te vas a Italia con tu madre? ¡A lo mejor esto no es vida para ti! Además, allí el clima debe ser más llevadero, ¿no? —dice Piroska con una tremenda e inusual lógica en una chica de su edad.

—¡No puedo dejar esto! Ya sabes por qué, ¿no? —dice sin aclarar a qué se refiere.

—¡Ah, es verdad! Lo olvidé. —Piroska asiente con la cabeza.

El *unicum* de la cacerola ya está hirviendo. Por el serpentín comienza a salir gota a gota el preciado alcohol como si de una destilería clandestina se tratase... Margit lo utilizará para enmascarar su atroz vértigo a las alturas, su preciado y tormentoso secreto, que ahora ya no lo es tanto desde que yo lo sé. ¡Pobrecilla! ¡Qué pena me da!

Tras el descubrimiento de tan cruel circunstancia y recuperándome del *shock* que me ha producido enterarme de tal cosa, vuelvo a caer en la cuenta de que estoy bajo la nieve y que apenas siento los pies y los dedos de las manos.

Me estoy quedando congelado, petrificado, por lo que antes de que Piroška abandone el carro de su amiga, todo lo sigilosamente que mis aturcidas piernas me permiten, abandono mi observatorio y me dirijo a mi remolque, donde Bemol aguardará seguramente ansioso por verme. Pienso en Margit y en lo mucho que deberá estar sufriendo. Lo que no me ha quedado claro es la razón por la cual sigue aquí y no regresa a Florencia con su madre.

De nuevo bajo las mantas comienzo a entrar en calor y cojo mi almohada una noche más imaginándome que lo que abrazo y beso en el tálamo es el cuerpo de mi amada. En el frío silencio de la noche, en mi íntimo pedazo de mundo, donde me muestro como soy en realidad, es donde en voz baja comienzo a elevar una humilde plegaria al Todopoderoso para que me dé fuerzas..., las necesarias para enfrentarme a mí mismo, a mis miedos, a mis complejos. Con la almohada entre mis piernas y mientras me acurruco de lado en la cama para no perder calor, aprieto mi cuerpo contra mi imaginaria mujer de tela, confiando en que mis oraciones no serán en balde.

* * *

Los tres matinales puñetazos de siempre en mi puerta me indican el inicio de un nuevo día. Esta tarde dará comienzo la primera de las diez actuaciones que tenemos previsto realizar en Debrecen.

Hoy quiero ver a Margit actuar, por lo que he empezado a maquillarme mucho antes para poder ver su actuación con tranquilidad. Una vez ataviado con mi indumentaria y debidamente pintado, salgo de la carroza en compañía de Bemol con la intención de esconderme entre los bastidores y presenciar a mi amada, a un bello ángel, capaz de hacer de tripas corazón y pender un día más a diez metros del suelo, sabiendo que no tiene alternativa posible, que el trapecio no es para lo que ha nacido.

Desde mi posición de clandestino observador veo que el graderío no está lleno del todo; quizás en los sucesivos días se vaya corriendo la voz de nuestra presencia.

Ambrus la anuncia y ella sale sonriente, maquillada, aunque no le haga falta, etérea, con ese escueto vestido de color blanco ceñido a su

escultural cuerpo como si fuese su segunda piel, que deja entrever unos pechos bien formados y unas largas piernas, todo ello coronado con una preciosa cabeza que hace arder en deseos a cualquier hombre de los que nos encontramos ahora aquí. Es en este momento cuando desde lo más profundo de mi convencimiento considero a la mujer el animal más hermoso sobre la faz de la tierra. Andando como si no pisase el suelo, con los brazos abiertos dando la bienvenida al público, no para de actuar, de mantenerse vital y hacer gestos cariñosos a los niños más próximos a la pista, ante la envidia de sus padres, sin que nadie se dé cuenta de su máscara, sin que nadie se percate del paso del etanol por su frente. Comienza a subir por la escala como si tal cosa, no sin antes empolvase debidamente las manos con talco, a sabiendas de que cada peldaño que sube es un perverso demonio al que tendrá que hacer frente y luchar contra él una vez que haya subido hasta el final. Arriba, y sin dejar de sonreír en ningún momento, llena completamente de aire sus pulmones, como armándose de valor, con valiente resignación, detalle que solo yo creo ver. Coge el columpio y se lanza al vacío, sin dudar siquiera un segundo, balanceándose siete u ocho veces, hasta que consigue coger el impulso necesario que le permite ponerse boca abajo sujetando su cuerpo únicamente con una pierna que previamente ha entrelazado con el cable del trapecio. Luego pasa a suspenderse en el vacío boca abajo, únicamente sujeta por los empeines, llegando a pendular de nuevo varias veces, desafiando a la parca, que aguarda pacientemente abajo, esperando que un día la ninfa cometa el fatal error.

Segundos más tarde se incorpora y sigue balanceándose de pie, sin agarrarse con las manos, hasta llegar a ponerse casi horizontal, lo que provoca una inesperada y espontánea explosión de aplausos entre el público. Sin dejar de estar de pie, empieza a girar sobre sí misma con un movimiento de cadera, para luego agarrar con fuerza la fría y metálica barra del columpio, que previamente ha detenido poniendo su cabeza sobre ella, para abrir y soltarse de brazos y piernas, haciendo una peligrosísima muestra de equilibrio que a todos los asistentes nos pone los pelos de punta.

Tras otra serie de peligrosos números realizados en el oscilante columpio, que consiguen que gran parte del público se ponga en pie, aplaudiendo como verdaderos locos, Margit abandona el trapecio y se

dirige con enorme destreza y seguridad hacia un cable de acero que cuelga de uno a otro lado de la carpa. Hace mucho tiempo que Margit y sobre todo los enanos vienen reclamando a Terézia que ponga una red de seguridad bajo ella, al menos mientras actúa en el cable, para evitar que un día pueda perder el equilibrio y estrellarse contra el suelo..., pero la respuesta siempre es la misma: «No hay dinero; si ves que te vas a caer, agárrate».

Una vez en el extremo sur del cable, alcanza una especie de pértiga que cogiendo con ambas manos emplea como ayuda para guardar el equilibrio. Dániel, el mozo, empieza a tocar el redoble de tambor para avisar al público de la importancia de guardar silencio y de mantener el máximo de atención durante la ejecución del acto.

Es entonces cuando la hermosa criatura comienza a recorrer los más de quince metros que existen entre ambos extremos, apoyando sus pequeños y delicados pies sobre el acerado cable, sin poder agarrarse a nada que la sujete a la vida, sin red, sin alma en lo que hace, pero con un extraordinario valor y una determinación que muchos de los que alardean de vestirse por los pies carecen.

El silencio en el circo es sepulcral, todas las cabezas están mirando hacia arriba, silencio únicamente roto por el llanto de algún pequeño que no pudo quedarse en casa solo o por alguna persistente y molesta tos producida por el crudo invierno. Consigue cubrir toda la longitud del cable sin apenas haber dudado, lo que hace que Dániel deje el redoble para golpear fuertemente los platillos. El público se vuelve loco de nuevo y no deja de aplaudir. A continuación, y mientras la gente se tranquiliza un poco, la trapecista coge una silla de madera y sitúa sus dos patas traseras en medio del cable para sentarse posteriormente a la vez que comienza a hacer juegos malabares con unas pelotas de colores que el mozo le ha hecho llegar, volviendo a poner en riesgo su vida innecesariamente.

En este momento pienso en la valentía de esta mujer, en el tremendo esfuerzo, tanto físico como mental, que le tiene que suponer el hacer estos ejercicios teniendo vértigo, aborreciendo las alturas, controlando día tras día una reacción tan humana y primaria a la vez como es el miedo. Nadie se está dando cuenta, excepto yo. ¿Qué será lo que le impide abandonar el trapecio y dejar este circo para siempre? ¿Será algo tan fuerte como para que merezca la pena estar sufriendo y pasarlo mal cada vez que actúa?

Desconozco las razones por las que sigue aquí, después de conocer su problema, pero lo que me ha quedado meridianamente claro es la fuerza y el carácter de un ser que exteriormente parece todo lo contrario..., una mujer de porcelana con una voluntad de hierro.

Al observarla y reflexionar sobre su heroica situación, quedan en entredicho mi valía y mi masculinidad, por lo que creo que por primera vez en mi vida debo armarme de valor y luchar por lo que quiero, luchar por ella, decirle lo que siento abiertamente, sin complejos estúpidos que injustamente me hagan sentir inferior a los demás ni miedo a las consecuencias. En breve, Ambrus me anunciará, y después de la actuación, antes de desmaquillarme, iese sí!, me acercaré por su carroza y hablaré con ella de una vez por todas. Lo tengo decidido. Ya estoy cansado de ser el idiota acomplejado al que siempre le toca perder, el que siempre se tiene que conformar con lo peor porque le falta valor para gritar «Yo también tengo derecho a ganar». Se acabó el que unos cuantos se aprovechen de mis silencios y mi vergonzante conformismo.

Mi actuación ha terminado y, mientras Branco el domador entretiene al público con su arriesgada intervención, yo me encuentro frente al carro de Margit. Le indico a Bemol que se vaya a casa, cosa que el pequeño animal cumple con castrense disciplina. Estoy de pie frente a su puerta y el corazón parece salirseme del pecho... Apenas tres húmedos escalones y algo más de un metro de distancia es lo que me separa de la felicidad eterna.

Cojo aire, lo suelto de repente sin apenas retenerlo y comienzo a subir la escalera arrastrando ligeramente mi pierna. Llamo un par de veces a esta muralla infranqueable de madera que me supone la puerta. Por un momento me siento como un caballero medieval frente al puente levadizo de una inexpugnable fortaleza.

—¿Sí? ¿Quién es? —dice con su aterciopelada voz.

—Margit, soy Dominik —digo con determinación, pero con un amable tono.

—Un momento, ahora te abro.

Mi nerviosismo va en aumento y comienzo a ver borroso a la vez que mi boca hace ya un rato que no genera saliva, seguramente por la tensión que me está ocasionando la espera frente a su puerta. Al cabo de veinte o treinta segundos abre.

—Hola, Dominik. ¡Qué sorpresa! ¿Qué necesitas? —me dice con una sonrisa en esa cara esculpida por Dios, ataviada con una especie de bata de color verde claro y el pelo recogido en forma de moño. ¡Insultantemente perfecta!

—Hola, Margit. Solo quería comentarte algo. ¿Puedo pasar? —le digo completamente convertido en un manojo de nervios, pero controlando la situación, sin venirme abajo en mi empeño de hablarle negro sobre blanco.

—¡Sí, claro, pasa! —me dice haciéndome el gesto de que tome asiento junto a la estufa apagada—. ¡Bueno, tú dirás!

—¡La verdad es que no sé muy bien por dónde empezar! —Me empeño en jugar frenéticamente con mis padrastros, haciéndome sangre en un dedo.

—¡No sé! ¡Dime lo primero que se te venga a la cabeza! —dice ingenuamente, sin barruntar *a priori* la importancia y trascendencia de mi mensaje.

—¡Me encanta tu actuación! ¡Es increíble el valor que demuestras en cada número! ¡Te admiro!... ¡Eres muy guapa!

—¡Oh! ¡Muchas gracias, Dominik, eres muy amable! Pero... no has venido a decirme eso, ¿verdad? —Se dirige a la ventana, dándome la espalda y pareciendo vislumbrar mi pasión encubierta.

—Pues, a decir verdad..., no —digo mientras se descubre el falso motivo de mi visita.

Estoy preparado y dispuesto a decirle a Margit lo que siento por ella, totalmente decidido a romper con esta angustia que padece mi corazón desde el mismo instante en que la vi.

A mi derecha, un traidor y atrayente espejo me seduce una y otra vez para que deje de darle esquinazo con el rabillo del ojo y le mire de frente, abiertamente, cosa que termino por hacer aun a sabiendas de que no es buena idea.

Giro mi cabeza y antes de explicarle a Margit el verdadero motivo de mi presencia... me veo reflejado, maquillado de payaso, con mi máscara policromada que me protege de la realidad de la vida, de la crueldad de los que me quieren hacer daño..., y es en ese preciso momento, ante el malintencionado cristal, cuando me veo ridículo, como un mísero e insignificante despojo que se arma de valor a medias y que necesita cubrir

su rostro con pinturas, creyendo que así consigue ser otro hombre, otro ser mucho mejor que el que aguarda bajo el disfraz.

Aun así, notablemente afectado por el tremendo croché que acabo de recibir por parte del espejo y con mis fuerzas mermadas, me dispongo a hablar.

—He venido porque en el tiempo que llevo aquí, en el circo, siempre me has llamado la atención. Creo que eres una chica estupenda y no encuentro razón alguna por la que no podamos tener más trato del que tenemos..., no sé si me explico. —Miro al suelo, sin poder afrontar el cruce de nuestras miradas, acusando enormemente las consecuencias del golpe que me acaba de propinar la contemplación de mi propia imagen, mortalmente desinflado, sin fuelle para salir de esta carroza con un mínimo de dignidad—. Me gustaría mantener contigo una relación más cercana, más íntima —continúo diciendo, sabiendo que lo que acabo de decir puede tener más de una interpretación y que no he sido lo suficientemente claro y rotundo.

—¡Por supuesto! ¡Me alegra que hayas reunido el valor de venir a decirme esto! Yo también he pensado a veces que eres la persona con la que menos trato tengo en el circo y que es una pena..., porque me consta que eres un buen hombre. Vi lo que pasó el otro día con aquel chiquillo al que le regalaste el huevo. No hay mucha gente que sea capaz de hacer lo que hiciste tú el otro día. ¡Es un gesto que te honra! ¡Que habla por sí solo de tu calidad humana! ¿Quién no querría ser amigo de una persona así..., como tú? Por eso, el que me propongas esto me parece una idea estupenda —comenta aparentemente aliviada, tras darse cuenta de que no se trata precisamente de la temida declaración de amor que ella esperaba y que yo pretendía que fuese.

Tras algunos minutos más hablando de cosas intrascendentes, abandono el carro actuando como si fuese eso precisamente lo que quería decirle, con una satisfactoria falsa sonrisa que no deja ver mi batacazo, pero realmente abatido por sus palabras y por el fiasco tan tremendo que ha supuesto el primer intento de mi vida por decirle a una mujer lo que siento por ella... Asumo mi nueva condición de amigo. Al cabo de un rato, empiezo a encajar el golpe e intento tener una visión positiva de lo ocurrido. Llego al convencimiento de que a lo mejor no es tan mala idea que nos vayamos conociendo poco a poco en lugar de una toma de

contacto tan brusca, tan abrupta..., y con la esperanza de que a base de vernos y hablar, mi falta de confianza en mí mismo vaya desapareciendo y me resulte más fácil la próxima vez decirle a Margit lo que siento por ella.

En lugar de mantener una relación amorosa con ella directamente, creo que es mejor empezar a conocernos como amigos para luego pasar a otras cosas y no comenzar la casa por el tejado.

A fin de cuentas, y sin quererlo, alguien en forma de espejo me ha hecho un favor..., porque dudo mucho que Margit se hubiese entregado en mis brazos tras mi declaración, sin conocerme a fondo, además de que muy probablemente la hubiese agobiado y desbordado con mi torrente amoroso, dando al traste con cualquier posibilidad de acceder a ella y para siempre. Por eso esta fórmula intermedia entre lo que yo quería, que era todo, y lo que tenía, que era nada..., parece ser lo mejor para iniciar una amistad que luego desemboque en algo más.

Me cuesta algo conciliar el sueño después de contarle a Bemol mi conversación con Margit, paso a paso, ante la atenta mirada del can, como si entendiese perfectamente todo lo que le digo.

* * *

Una vez más, con rutinaria sonoridad, los tres puñetazos en la puerta me despiertan y avisan del comienzo de otra jornada en la que confiamos vender todas las entradas. Me levanto una vez más tullido de dolor en la espalda por el incómodo colchón de lana, que, aunque es la mejor opción contra el frío, no deja de ser un soporte que te envuelve de tal manera que es imposible mantener la espalda medianamente recta durante la noche. Continúo pensando en la conversación que mantuve ayer con Margit y abro la puerta de la carroza para salir a desperezarme y desayunar, lo que provoca que Bemol salga corriendo desesperado a la puerta de Branco para desearle los buenos días, haciéndole un regalo con lo único que se le ocurre al pobre animal: sus excrementos.

Apenas me he distanciado cinco o seis metros de mi carromato, me doy cuenta de que hace un frío aterrador cuando me percató de que he salido a la calle sin el abrigo y con el pantalón del pijama, debido a lo ensimismado que estoy con la trapecista. Rápidamente y antes de que los

demás se den cuenta y les dé un motivo de burla para los próximos días, me doy la vuelta corriendo para cambiarme de ropa y coger el abrigo.

Salgo de nuevo, debidamente pertrechado para sobrevivir al inhumano invierno que estamos sufriendo, y me siento al fuego junto a Terézia, su hija Piroska y Ferkó. Los demás o aún no se han levantado o ya lo hicieron antes, excepto Ambrus, que seguramente se encuentre tirado por ahí, víctima de su querido y falso amigo *unicum*. Les saludo cortésmente y soy correspondido casi de inmediato, a excepción de Terézia, la gruesa y repulsiva señora Kárpáty, que con sus uñas de luto y esas ambiciosas y hurañas manos... está enfrascada en su proyecto de masticar como un cerdo, dejándonos ver toda la comida de su boca..., ignorándome por completo. Tan es así que ni siquiera dedica un segundo de su asquerosa vida a mirarme..., como si yo fuese un ser inferior e insignificante, un diente más del piñón que gira a su alrededor y que le hace ganar dinero, que no merece la más mínima atención. No así su hija, que antes de que me haya sentado en el frío y húmedo tronco a modo de banco, ya me ha dedicado su más fresca y matinal sonrisa. Parece mentira que sean madre e hija.

De reojo miro a la jefa y viéndola ahí comer, apartándose de vez en cuando el pelo que el viento se encarga de poner en su grotesca y vulgar cara, con los dedos manchados de grasa del *gyulai kolbász*, me cuesta creer que pertenezca a la misma especie animal que Margit.

¿Acaso existe en otra especie tan variopinta y heterogénea colección de individuos? Aun con la repulsiva presencia de este ser, el estar alrededor del fuego mientras la buena de Lujza, la enana, me trae algo de comida y una taza caliente de té, hace sin duda de este momento del día el mejor con diferencia, a excepción de los instantes vividos cuando me cruzo con Margit.

Comienzo a comer tranquilo, sin mediar palabra con el resto de mis compañeros. Hace mucho frío fuera del círculo de cálida supervivencia que nos proporciona el fuego. De repente noto que alguien me echa algo caliente encima de la cabeza, algo fétido y familiar a la vez, nauseabundo elemento que su portador se encarga a conciencia y en cuestión de segundos de repartir y aplastar sobre mi cabellera ante el estupor y asombro de los presentes. Instantes después oigo a Branco.

—¡Dominik! ¡Esto es tuyo! —espeto con cierta ironía.

—¿El qué? ¿Branco, qué haces? —Sin saber muy bien qué pasa, me echo instintivamente la mano a la cabeza para ver de qué se trata.

—¡No pasa nada, mi querido amigo! ¡Solo te devuelvo lo que es tuyo..., a cada uno lo suyo! —dice riéndose de mí a carcajadas, siendo insultado y reprendido por Ferkó y Terézia.

De mi cabeza recojo una octavilla con la leyenda «Circo Kárpáty. Ya ha llegado a su ciudad. No se pierda al valiente Branco con sus leones, a la intrépida Margit o a la mujer de dos cabezas, entre otros...». El resto del texto no se puede ver..., está tapado y lleno del excremento de Bemol, pequeña muestra de las vomitivas heces de mi querido compañero que ahora cubren casi por completo mi cabeza, desde la frente hasta la coronilla. Es en este momento cuando caigo en la cuenta de mi lapsus, al no recoger de la puerta de la carroza de Branco el matinal obsequio de Bemol a tan nocivo y altanero caprino. Mientras el sinvergüenza se aleja hacia su alojamiento, continúa riéndose, riéndose de mí, de mi orgullo, de mi dignidad como persona. Por un momento me quedo petrificado, literalmente momificado, sin saber qué hacer, sin saber cómo repeler una afrenta de estas características. Pienso en levantarme y romper la taza de té que aún sostengo en mi mano contra su bonito y equilibrado rostro, para que cada vez que se mire en un espejo se acuerde de lo que nunca debió hacer. Lo ansío con todas mis fuerzas, hago incluso el amago de ponerme en pie y enfrentarme a él, ante la atenta y esperanzadora mirada de Ferkó y Piroska principalmente. Pero me vuelvo a sentar de golpe, abatido, sin fuerzas... No puedo, las piernas me tiemblan, no tengo valor. Me quedo sentado con toda mi cabeza llena de mierda, y más por indignación y rabia conmigo mismo que por la humillación en sí, aprieto los dientes fuertemente, cierro los ojos y aquí, inmerso en mi mundo, ajeno a lo que sucede a mi alrededor y ante el silencio y asombro de mis compañeros, mis lágrimas empiezan a brotar por decenas. Lágrimas de impotencia, de enfado, de cobardía, de la misma cobardía que evita que ahora mismo salga tras él y le mate a golpes.

—Ven, Dominik. ¡Vamos a lavarnos! —dice Piroska mientras me coge bajo el brazo e intenta ponerme de pie para que la acompañe.

Lo único de lo que soy capaz es de asentir con mi sucia cabeza, a la vez que colaboro con ella en dirigirme a la pila donde beben los caballos y deshacerme de esta porquería.

Después de lavarme soy incapaz de mirar a la cara a los demás y mucho menos a Margit. Aunque no estaba presente, un hecho así no tardará más de diez minutos en estar en conocimiento de todos y cada uno de los integrantes del circo. Ya no tengo hambre y decido irme a mi carromato avergonzado, preocupado porque todos hayan confirmado lo que ya suponían: que soy un cobarde, un mísero despojo, un medio hombre, incapaz de luchar por su dignidad, por su libertad, la libertad que debería tener si no fuese un esclavo atado día y noche a las cadenas de mi propia inseguridad, de mi propia desestima.

Una vez dentro, cierro la puerta y comienzo a llorar de nuevo, en silencio, para que nadie oiga el llanto del perdedor, del derrotado, ante la atenta mirada de Bemol, que desde su ignorancia e incomprensión de cándido me mira como diciéndome: «Si lo hubiese sabido...». Le sonrío y le cojo para abrazarle, para amarrarme desesperadamente al único que me acepta como soy, al único que nunca me reprocha nada, haga lo que haga. Hoy no pienso salir en todo el día de aquí, a excepción de cuando me toque actuar. Nunca antes me había sentido tan avergonzado.

En el tiempo previo y posterior a la actuación, procuro cruzarme lo menos posible con mis compañeros y soy incapaz de mirar a la cara a Margit cuando ella termina su número y comienzo yo con el mío. No tengo el cuerpo para hacer reír a nadie, solo me apetece llorar, esconderme y rogar a Dios que me trague la tierra. A duras penas he conseguido sacar fuerzas para maquillarme y calzarme un día más los zapatones, pero al oír a Ambrus presentarme, saco fuerzas de flaqueza y me digo a mí mismo: «El público, los niños que ansían verme, no tienen la culpa...; ellos han pagado por verme, para ellos soy un referente, una ilusión, un momento de felicidad, y no soy quién para arrebatárselo».

Hago de tripas corazón y salgo a la pista siendo otro. Soy Dominik, el payaso, y no el payaso de Dominik. El mejor payaso del mundo para los pequeños que han venido hasta aquí, que han venido a que les haga olvidar todo durante un rato. ¡Soy el mejor! ¡Empieza la función!

He tardado un par de días en sobreponerme al incidente con Branco y he jurado ante Dios que si algún día consigo reunir el valor suficiente para devolvérsela, lo haré. Eso siempre y cuando no se me adelante alguien, ya que no soy el único al que no le cae bien el guapo eslovaco.

Me encuentro recostado en la cama, leyendo por encima a Stendhal, y recuerdo lo que me contó años atrás mi padre, en referencia a lo que este maravilloso escritor sintió al visitar la basílica de la Santa Cruz en Florencia.

Se vio tan abrumado por la cantidad y belleza del arte que observó que tuvo palpitaciones, mareos y náuseas, provocados por la incapacidad de absorber y asimilar tanta perfección. ¿Verdaderamente existirá gente así, personas que posean una sensibilidad tal que lleguen a ponerse enfermas, a sentirse mal físicamente por no poder digerir lo que observan sus ojos? ¿Tanto poder tiene el cerebro como para influir de una manera física ante un estímulo intangible, inmaterial?

Debe ser maravilloso y aterrador a la vez nacer con ese don. De alguna extraña forma y en parte es lo que a mí me ocurre cuando veo a Margit. Mi corazón se pone a cien, y un nudo en la boca del estómago hace acto de presencia con el solo hecho de verla, provocándome un éxtasis nocturno que roza la más dulce de las realidades..., al menos para mi cerebro. Sin duda alguna, me ocurre lo mismo que al escritor francés.

—¿Sí? ¿Quién es? —contesto después de que llamen a mi puerta.

—Dominik, abre. Soy Margit. —Me incorporo para abrirle—. ¡Hola! ¿Puedo pasar?

—¡Sí! ¡Por supuesto! Siéntate donde puedas..., y perdona el desorden —digo un poco avergonzado por lo inesperado de su visita.

—No, tranquilo. No estaré mucho tiempo. Solo quería decirte que siento mucho lo que Branco te hizo el otro día..., ya sabes, lo de... la cabeza... —dice visiblemente incómoda, intentando evitar referirse a los desechos de Bemol.

—¡Ah!... ¡Sí!... ¡Ya sé a lo que te refieres! —respondo como si no me acordase para restarle importancia, pero sin prolongar en exceso mi forzada desmemoria para no incomodarla más de lo estrictamente necesario en mi propósito de parecer un hombre duro.

—¡Lamento de corazón lo que te hizo..., es una guarrada! Ayer por la noche Ferkó, Lujza, Piroška y yo hablamos con él, y aunque dice que no se arrepiente y que te está bien empleado, ha prometido que no lo volverá a hacer —dice con unos preciosos ojos que deja entreabiertos de vez en cuando, como si le diese cierta vergüenza hablar conmigo, que hacen que no parezca una criatura de este mundo.

—¡Muchas gracias por vuestras molestias en solucionar todo este asunto! Sobre todo a ti, por haber venido a verme y contármelo. La verdad es que fue una broma de muy mal gusto. Tan es así que al principio no me sentó muy bien y por un momento estuve a punto de levantarme y pegarle, pero entendí rápidamente que se trataba de una broma y que estaba fuera de lugar agredirle por una tontería. —Tergiverso ligeramente mi versión de los hechos y omito por completo el momento en el que me pongo a llorar como un niño, con la esperanza de que no haya llegado a sus oídos este detalle, mientras ella me escucha atentamente con los brazos cruzados.

—¡Sin duda tuviste mucha templanza ante una broma tan desagradable como esa! ¡Bueno..., nada más! Solo quería que supieses lo que te acabo de contar... ¡Adiós, Dominik! —Se da la vuelta lentamente, como si no quisiera irse; coge el pomo de la puerta y abandona el carramato con la misma elegancia y armonía con la que había llegado.

—¡Adiós, Margit! ¡Gracias por venir! —digo sin alzar mucho la voz, como drogado por su fragancia, por ese olor corporal que desprende a pureza, a feminidad, a floral paz, mientras observo como se aleja sin pisar el helado suelo.

Cierro la puerta cortésmente, despacio, y cuando lo he hecho por completo me apoyo con la espalda abatido, herido mortalmente de amor por esta criatura, pero esperanzado ante el lenguaje corporal que me ha dejado. Muchas personas puede que no se den cuenta, pero a veces el cuerpo dice más que la boca, más que las palabras. Como buen actor que fui durante años, sé interpretar unos ojos entreabiertos y esquivos en una conversación..., sinónimo inequívoco de pudor, vergüenza, generados muy probablemente por la atracción física que nos genera el otro interlocutor. O esos brazos cruzados, signo claro de quererse proteger, de ponerse una coraza ante la inseguridad que emana, de nuevo otra vez, de una posible atracción por el otro.

Sin olvidar por supuesto esa lentitud innecesaria, gratuita, en abandonar mi carro, en alejarse de mí, que denota una rebeldía y negación interna, visceral, ante el hecho físico de la lejanía, de la distancia que te va a separar de lo que anhelas. Sinceramente creo que Margit siente algo por mí, algo que seguramente no sepa ni ella, que no es consciente de que la

química del amor está gestando en su corazón el irremediable y maravilloso sino al que estamos predestinados desde nuestro nacimiento.

* * *

Por la tarde tenemos de nuevo función. Ya llevamos en Debrecen seis días, y las dos últimas jornadas hemos tenido un lleno completo. He convencido a Terézia para que la parte de la lona de la carpa que está en contacto con el suelo se ancle bien con la ayuda de unos grandes clavos para evitar así que los chiquillos se metan por debajo y accedan al interior sin pagar la entrada. Esta es la razón económica que le he dado, pero sinceramente sus finanzas me dan igual, siempre y cuando saque lo suficiente para pagarnos los salarios. La verdadera razón por la que le he propuesto esta mejora es sin duda por evitar que un día le rompa la espalda a un niño de un palazo. ¡Es una repulsiva y cruel gorda que no ve más allá de su bolsillo, sin ideales, sin principios, solo el asqueroso dinero!

Estoy pletórico. Hacía muchísimos años que no me sentía tan bien, tan fuerte, tan increíblemente esperanzado e ilusionado por la visita de Margit. El solo hecho de saber que ella siente algo por mí, por muy leve e insignificante que sea, hace que me sienta con ganas de gritar, de correr, de luchar para que esa diminuta llama que arde en su corazón se convierta en el incendio de toda una ciudad. Comienza la función y actúo con increíble vigor, decisión y maestría. Ejecuto a la perfección y a la primera los números de magia, sobre todo el del huevo y la tórtola. Hoy no me apetece simular que fallo, que soy un mediocre, me cuesta errar aunque sea adrede, hoy me apetece ser... el mejor. ¡Dominik Pusztai!

Una vez terminada la función, el público enfervorecido se pone en pie para agradecernos el maravilloso y gratificante rato que Bemol y yo les hemos hecho pasar. Niños y madres, abuelos octogenarios, jóvenes muchachas encargadas del servicio interno de las mejores casas y familias de Debrecen, con sus ajenos e inquietos vástagos formalmente ataviados con sus mejores ropas, o acaudalados señoritingos acompañados de mujeres veinte años más jóvenes que ellos, todos, absolutamente todos, me admiran en este momento, asombrados, preguntándose entre ellos el secreto de mis trucos, la magia de mi magia.

¡Es mi momento de gloria! Una gloria a la que en mayor o menor medida todas las tardes tengo acceso. Aunque hoy la saboreo más que nunca, desde esta esponjosa nube a la que me ha subido mi querida trapecista.

Me retiro a mi carro empachado de multitud, ebrio de aplausos que se repiten en mi mente una y otra vez ininterrumpidamente y que se mantendrán vivos hasta el día en el que la muerte me sorprenda.

Una vez dentro, mientras cojo el taburete para poder sentarme y desmaquillarme, me percató a través de la ventana de que en el exterior, entre las sombras, se encuentra Ambrus discutiendo con alguien. El jefe parece estar bastante nervioso y gesticula mucho con los brazos, levantando por todo lo alto su garrote, a la vez que mueve la cabeza repetidamente a modo de negación.

La falta de luz me impide ver de quién se trata..., hasta que se mueve y la luz de la luna le alcanza. Se trata del siniestro hombre de poblada barba que vino a pedir trabajo la semana pasada. En sus manos porta unos papeles, con lo que parecen ser sellos oficiales o algo así, que no para de mostrar al jefe una y otra vez, junto con un par de pequeñas fotos, sin conseguir llamar la atención de este.

El hombre no deja de hacer aspavientos con los papeles, a la vez que juntando las palmas de sus manos le implora y suplica algo a Ambrus, sin que este tenga la más mínima intención de complacerle. Lo único que consigue del jefe es un tremendo empujón, empujón que hace que el desconocido pierda el equilibrio y caiga de espaldas al suelo.

Los papeles y las fotos se le caen de las manos y el pobre se afana por recuperarlos rápidamente antes de que el viento se los lleve y los esconda entre las sombras. Una vez recuperado su preciado tesoro, y lejos de responder a tal agresión, abandona el lugar con cierta premura, ante el desafiante cayado de Ambrus.

Este hecho confirma mis sospechas de que el desconocido no vino reclamando trabajo, tal y como nos dijo el viejo Ambrus, sino algo más.

Continúo con mi tedioso desmaquillaje y me desnudo para acostarme cuanto antes, después de las emociones vividas hoy. Una especie de sopor, de dulce letargo, de placentera caída sobre el lecho, me invade, lo que me hará ordenar mi cabeza y descansar mis músculos mientras no dejo de pensar levemente en la identidad del barbón que tanto enoja a Ambrus.

Me he despertado pronto. Hoy incluso antes de que Terézia, Ambrus o cualquier otro golpee la puerta. Me encuentro bien, descansado e ilusionado cuando recuerdo el estado actual de mi relación con Margit. Me visto y abro la puerta. Bemol sale disparado a defecar frente a la carroza de Branco, como todas las dichosas mañanas. Hace un frío atroz, la nieve se ha congelado convirtiéndose en un gélido y duro manto de armiño... y comienza a amanecer.

Me quedo de pie en medio de una tenue pero cortante brisa mientras todos duermen, incluso las fieras, observando al sol salir de su escondrijo muy despacio, un día más, para esforzarse sin mucho tesón en convertir el hielo en agua.

Como si fuese una naranja gigante, una intensa luz anaranjada se proyecta sobre una fina capa de nubes, haciendo que todo el cielo parezca haber sido expoliado por el mismísimo Mefistófeles, el reflejo inequívoco del incendio del fin del mundo, todo ello envuelto en una indescriptible y hermosa sensación de paz que hace que abandone inmediatamente esa profética y catastrofista idea. ¡No cabe más belleza!

Bemol se sitúa a mis pies y me da con la pata en la bota, a la vez que me mira con cara de pena. Es su manera de decirme que quiere desayunar, lo que hace que me acuerde también de retirar los excrementos que mi peludo compañero ha dejado frente a la puerta del domador, cosa que hago de inmediato antes de que el estúpido eslovaco se levante.

Me dirijo a un gran cubo metálico donde guardamos diversas astillas de madera para encender el fuego matutino, pero está completamente vacío, por lo que opto por buscar algo por las inmediaciones con lo que encender, sin mucho éxito, aparte de lo que me regalan las caballerías. Las heces de los caballos arden medianamente bien, pero deben estar muy secas y no sirven para iniciar un fuego. Me distancio un poco del corrillo de los carros, como unos cincuenta metros, pensando que algunas pequeñas ramas de abeto, con su resina, prenderán bien. Según me acerco a los árboles veo una especie de bulto grisáceo, como si fuese una manta o algo así, tirado encima de la nieve, al cobijo de una centenaria conífera.

No es hasta que estoy literalmente encima cuando me doy cuenta de que la vieja manta gris tirada en la nieve... es Ambrus. ¡Dios mío! ¡Parece

que está muerto! Le pongo los dedos a la altura del cuello para comprobar si aún tiene pulso, ya que su respiración es inapreciable, y compruebo que tiene un corte en la cabeza, seguramente ocasionado al golpearse contra el suelo. Su pulso es muy débil, su corazón late sin fuerza, apenas lo percibo. Se encuentra boca abajo, con el abrigo abierto, y lo único que existe entre su pecho y la nieve es la tela de su camisa manchada de sangre. Está tirado como un perro, con la cara bañada en su propio vómito, una mezcla pestilente de bilis y alcohol que ha derretido el hielo antes de formar parte del suelo.

Le doy la vuelta para intentar cerrarle el abrigo y separarle de esa pócima corporal que ha echado por su boca para evitar que se ahogue. Me percató de que también se ha orinado encima. Debe estar medio congelado, por lo que decido pedir ayuda a Branco y llevarle cerca de los carros hasta que encendamos el fuego.

Llamo insistentemente en la puerta del domador y le explico antes de que abra de qué se trata. Consigo así levantarlo sin que se enfade conmigo. Entre los dos conseguimos arrastrarlo y decidimos que lo mejor es llevarlo a su carro. Una vez allí, despertamos a Terézia, que, no muy alarmada, nos indica con relativa parsimonia que le pongamos junto a la estufa.

Le tumbamos encima de una manta, junto al incandescente brasero, y entre los tres le despojamos de todas sus ropas para cubrirle con la colcha de la cama. Terézia le prepara un vaso pequeño de licor..., el mismo *unicum* que le ha llevado casi a morir congelado en medio del campo, sobre la helada nieve.

—Sé que no parece lo más lógico, pero, creerme..., es lo único que puede revivirle en estos momentos —dice Terézia visiblemente acostumbrada a este tipo de situaciones, mientras le incorpora a Ambrus la cabeza y se lo da a beber. Le limpia a continuación la herida con una gasa.

Al cabo de unos minutos, su pulso parece haberse restablecido y el jefe comienza a despertar mientras todos respiramos ciertamente aliviados.

—¿No veis? ¡Os lo dije! Mi Ambrus ya no funciona con comida y agua..., solo con alcohol. Esta mierda es la que le mantiene vivo —comenta la asquerosa gorda mientras se da la vuelta y comienza a hacer otras cosas, desinteresándose por completo de su marido.

—¡Me duele la cabeza! ¿Qué me habéis hecho? —dice el viejo balbuceando, a la vez que se toca la frente—. Alguien me golpeó en la cabeza, pero no le pude ver.

—¡Te han salvado la vida, estúpido borracho! ¡Debiste golpearte al caer! —dice Terézia sin volverse—. Podéis iros, chicos, ya me encargo yo de él. —Se dirige a la puerta para abrírnosla.

—¡De acuerdo! Adiós. —Salimos Branco y yo inmediatamente de la carroza, él algo molesto por no habérselo agradecido, oyendo como Ambrus desde el interior sigue afirmando haber sido golpeado por alguien.

Cuando salimos me percató de que los enanos ya están levantados y han encendido el fuego. Han puesto sobre él una especie de rejilla de hierro y tienen un puchero con agua y algo de pan duro, que seguramente tuesten para hacerlo más sabroso. Mientras estoy desayunando en compañía de los enanos, Piroška y Branco, todos sentados alrededor de la lumbre, aparece repentinamente Margit, ante el asombro de todos, ya que rara vez desayuna con nosotros. Ella suele coger algo de comida y llevársela a su carro, sobre todo en invierno, para evitar pasar frío. Es muy friolera. Margit se sienta junto a mí, lo que hace que mi corazón empiece a latir como loco. El aire me trae su particular y femenina fragancia, y sueño con respirar algún día ese olor entre sábanas y cojines. Me obsequia con una mirada. Parece algo dormida todavía. Se prepara algo de té en una humeante taza por la que me cambiaría en este momento con tal de ser tocado por esos sensuales labios..., los labios del deseo, de la lujuria.

Miro de reojo el suave contacto de sus manos con la taza y cuando con estas se coloca el pelo tras las orejas, dejando al descubierto el perfil de los ángeles.

Vuelvo la vista al fuego y observo a Branco, que está enfrente, con sus ojos clavados en mí, penetrándome hasta la nuca, con cara de pocos amigos, seguramente celoso de que la mujer más bella de Hungría esté sentada junto a mí y no junto a él. Ella me vuelve a mirar y esta vez me regala una sonrisa, lo que confirma mis suposiciones. ¡Se está enamorando de mí! ¡Siente algo!

De repente, Branco se levanta, tira su taza violentamente contra el suelo y sale encolerizado sin mirar atrás y espetando algo en eslovaco que

ninguno de los presentes llegamos a comprender. Se pierde posteriormente entre las jaulas de los animales.

—¿Qué le ha pasado? ¿A qué viene esto? —comenta Ottó, el enano más joven, encogiéndose de hombros.

—iSe habrá quemado con el té! —dejo caer con sarcasmo, lo que provoca las risas de Piroška, sabedora de que a Branco no le había gustado que Margit se hubiese sentado a mi lado.

Observo a Ferkó, el enano mayor, el más respetado, cómo mira fijamente a la trapecista, como esperando a que esta le devuelva la mirada, sin conseguirlo. Margit, con la taza entre ambas manos, calentándolas contra la porcelana, no levanta la vista del interior de esta. Minutos más tarde, la reina del trapecio y de mi corazón se levanta y se mete en su carromato, no sin antes dedicarme un tenue *iciao!*